II

EL CORONEL DON JOSÉ IBÁÑEZ MARÍN

COMO HISTORIADOR MILITAR

En los últimos meses del año pasado de 1906 se presentó á esta Real Academia, en nombre de su autor, por nuestro digno compañero el malogrado general D. Julián Suárez Inclán, una obra española histórico-militar de especial importancia y que llevaba por título: *La guerra moderna: Campaña de Rusia de 1806: Jena: Lubeck.* Aunque su autor, el entonces comandante de Infantería D. José Ibáñez Marín, no había pretendido de nosotros ni aun siquiera el diploma de correspondiente de esta ilustre Corporación, su nombre, que sonaba bien en todos nuestros oídos y como si se le tratara con la franca familiaridad de un antiguo compañero, á todos fué muy simpático, y sin que hubiese solicitud de su parte, nuestro respetable Director en aquel tiempo, el señor marqués de la Vega de Armijo, con entusiasta aprobación de toda la Academia, designó al mismo general Sr. Suárez Inclán para que, estudiándole á fondo, nos emitiese sobre este libro su autorizado informe. Inserto se halla este precioso documento en las páginas de nuestro BOLETÍN, correspondiente al número del mes de Febrero del siguiente año de 1907, y tras un extenso y luminoso examen de la obra de tan bizarro militar y distinguido escritor, el Sr. Suárez Inclán dejó sentado, que trabajo tan interesante y erudito confirmaba la aventajada reputación que su autor tenía ganada con su labor asidua y perseverante (página 102), y que esta obra competía con las más importantes de cuantas se venían publicando sin tregua en el extranjero acerca del primer Imperio francés, enriqueciendo la bibliografía napoleónica, ya tan numerosa, con un volumen de los más preciados y perteneciente á la ciencia militar é histórica de la, en esta parte, no muy proficua Minerva española (pág. 112).

Para poder apreciar bien toda la trascendental importancia que

el malogrado Ibáñez Marín se propuso dar, así á este libro, como á otros trabajos entre los últimos que publicó, entre los que tenía entre manos y ha dejado sin concluir, y los que anunció en proyecto, para realizar un plan bien combinado y un objetivo de plausibles vuelos, que era el norte á que se dirigía el rumbo regenerador del soldado gallardo y del escritor benemérito, fuerza es hacer un ligero bosquejo de su vida, en estos instantes en que España le llora gloriosamente muerto en su defensa en la campaña del Rif, para que por él se contornee la dirección fecunda que desde su primera edad dió á su espíritu, el enlace que en la unidad de su pensamiento entre sí guardan todas sus obras, y los progresos en la perfección de éstas, conforme la edad, el perpetuo estudio y la continua deliberación fueron enriqueciendo aquellas facultades que con tesón infatigable en toda esfera competente de acción él se empeñó en desplegar.

El coronel D. José Ibáñez Marín, que había nacido en Enguera, pequeña población del antiguo reino y moderna provincia de Valencia, el 8 de Marzo de 1868, en Agosto de 1880, es decir, de doce años de edad, ingresó de alumno en la Academia de Infantería de Toledo, de donde salió de alférez en la promoción del 10 de Julio de 1883. Sus notas de concepto, que mantuvo en su honor durante toda su carrera, le acreditaron, desde las aulas, el valor, que es una gran prenda en el soldado, aunque no la única; mucha aplicación, mucha capacidad, intachable en puntualidad y conducta, salud robusta y una instrucción fundamental siempre creciente en la ordenanza que es el Credo del soldado, en táctica y procedimientos militares, detall, contabilidad, teoría y práctica del tiro y arte militar. Desde las aulas también salió adornado con la posesión del francés y algo de italiano, cuyos conocimientos extendió después á otras lenguas, incluso la alemana.

Poco interesarían sus servicios puramente mecánicos de subalterno en los diversos Cuerpos á que estuvo destinado, hasta que por antigüedad ascendió á teniente, en 17 de Agosto de 1887, si ya á fines de Agosto de 1884 no hubiese dado una nueva prueba de su aplicación, solicitando su ingreso en la Academia General Militar

para ampliar en ella sus estudios técnicos. Su casi continua destinación á los cuerpos que formaron hasta 1888, en que se le adhirió á las Secciones de Ordenanzas del Ministerio de la Guerra, la guarnición de Madrid, corrobora más aquella aplicación que le llevaba á la continua ilustración de su espíritu en los centros que en la capital de la Monarquía solo existen en la plenitud de su eficacia educativa, y cuyo asiduo fomento era en Madrid, más que en ninguna otra parte, fin esencial de sus tempranas disposiciones. Conocidas éstas, no es extraño verle ya en 1890 auxiliando los trabajos de la Junta encargada de redactar el proyecto de ley de Reclutamiento y Reemplazo del Ejército, de la que, por Real orden de 4 de Octubre de dicho año, se le encargó la Secretaría; y uniendo en ella sus entusiasmos á los del culto profesor de la Academia de Infantería de Toledo, el comandante D. Pedro A. Berenguer, caballero del hábito de Santiago, con su actividad y con su pluma fué de los primeros en promover aquel aura con que para lisonjear al arma general á que pertenecía se consideró que era un deber de justa vindicación sacar de un supuesto olvido la figura del teniente de Voluntarios de Estado, D. Jacinto Ruiz de Mendoza, el cual, habiendo pertenecido á la compañía del capitán Goicoechea que el *Dos de Mayo* de 1808 logró el heroico capitán de Artillería D. Pedro Velarde arrancar de su cuartel de la calle Ancha de San Bernardo é introducir para guarnecerlo en el Parque de Monteleón, en el momento de iniciarse la desesperada defensa que de él hicieron los que militaron á las órdenes de su jefe natural, el capitán glorioso D. Luis Daoíz, llevó á cabo el temerario y gallardo arranque que, sumándole al haz poco numeroso de aquellos ardientes patriotas, le produjo la herida de muerte con que, á par de aquellos, se abrió las puertas de la inmortalidad en aras de su épico heroísmo. No estaba, en realidad, olvidada la figura de Ruiz de Mendoza en la glorificación de la asombrosa efeméride, sobre todo desde que en 1814 el Inspector general del Real Cuerpo de Artillería, D. Martín García de Loygorri, reclamó para él el puesto legítimo de honor que le correspondía, al lado de los que fueron los inmortales promovedores y sostenedores de aquella hazaña hasta la muerte.

Pero en 1891 ardían en la noble emulación, que tanto ha levantado el espíritu de nuestros institutos armados, todas las armas del Ejército, y aunque el enardecimiento de las pasiones amenazó tal vez minar aquella unidad de estimación recíproca y de miras idénticas que en estos mismos momentos en los campos del Rif las conducen á los victoriosos éxitos que toda España aplaude y toda Europa admira, la intención del sano estímulo y esfuerzo, que tras aquella moción palpitaba, condujo á la aprobación común de todos los poderes y de todas las fuerzas orgánicas del país la noble vindicación que se proponía; y habiéndose formado una Comisión encargada de llevar á cabo el proyecto de levantar una estatua en uno de los parajes más públicos de Madrid en honor de Ruiz de Mendoza, el teniente de las Secciones de Ordenanzas del Ministerio de la Guerra, Ibáñez Marín, fué nombrado también su secretario. Esta elección se legitimaba, además, porque ya Ibáñez Marín, dando muestras elocuentes de la vasta ilustración adquirida y de las esplendideces de una fecunda inteligencia, estaba constituído desde su fundación en uno de los colaboradores más continuos de la *Revista técnica de Infantería y de Caballería*, de que era fundador el teniente coronel D. Mariano Gallardo Moreno. Y de que toda la suma de los trabajos de Ibáñez Marín se consideraba ya por aquel tiempo de útil eficacia para la ilustración del Ejército, fueron demostraciones palpables la cruz de primera clase del Mérito Militar, con distintivo blanco, que se le concedió aquel mismo año por su opúsculo *Ruiz de Mendoza, héroe de la Independencia nacional* (Madrid: Imp. y litgr. de Julián Palacios; 1891), que escribió en colaboración con el ya citado comandante D. Pedro A. Berenguer, y la de la Orden de Carlos III que se le otorgó por Real orden de 22 de Junio del mismo año, también por sus trabajos históricos y militares en la *Revista* referida.

Una nueva *Mención honorífica* le fué decretada en Real orden de 22 de Marzo de 1892 por una obra que publicó entonces con el título de *Rusia militar y la guerra europea;* mas á esta siguió otra disposición oficial en su obsequio que no pudo menos de serle más grata todavía. En efecto, por Real orden de 5 de No-

viembre de aquel año se le confirió una comisión de servicio por tres meses para viajar por Francia, Bélgica, Italia, Austria, Alemania y Rusia, debiendo ser el fruto de este viaje una *Memoria*, que había de rendir al término de él, *relativa á la organización del arma de Infantería, vestuario, calzado y equipo, y reglamentación de la misma en cada uno de estos países*, y finalmente, *una noticia detallada de la manera como estaban constituídos los casinos, círculos militares y cualesquiera otros centros de instrucción ó recreo* de sus respectivos ejércitos. Esta Comisión empezó á ser desempeñada el 10 de Noviembre de 1892, y terminó el 28 de Febrero de 1893. Y cosa notable; aquella expedición, de mero estudio, que fué á la vez viaje de novios, pues Ibáñez Marín en la primera de estas dos fechas y antes de ponerse en marcha, acababa de contraer matrimonio con la señora doña Carmen Gallardo y Martínez Gamero, hija del fundador de la *Revista técnica* de que aquel era colaborador, y por su padre propincuamente emparentada con el inolvidable erudito, bibliófilo y hombre de letras D. Bartolomé José Gallardo, la flor del causticismo satírico de su tiempo, lejos de desviar la eficacia de su acción por estas circunstancias, halló en ella misma el estímulo de su mayor aplicación; pues Ibáñez Marín había tenido el gusto y el acierto de elegir para compañera de su vida, una dama de una instrucción excepcional, impulso, y no rémora, de todas las operaciones intelectuales de su marido, en muchas cosas su colaboradora más eficaz, y cuyo ingenio y talento hubieran bastado para perfeccionar el balance de sus facultades, siendo en todos sus sentimientos la perfecta regularidad y la perfecta moderación. No tengo noticia de que la *Memoria* de Ibáñez Marín, á consecuencia de esta Comisión, haya sido publicada. Como algunas otras de este mismo género, después de prestar su eficacia, se debió archivar y guardar en reserva en el Estado Mayor del Ministerio de la Guerra, el cual de ellas saca las enseñanzas que se deben estudiar, tener presentes ó aplicar, sumándose los méritos que con ellas se contraen sólo en el crecimiento de la reputación y prestigio de los que son sus autores.

El primer libro, que, después del desempeño de esta Comisión,

salió de la nunca ociosa pluma del teniente Ibáñez Marín, fué el titulado *Recuerdos de Toledo*. Todavía en él se refrigera el dulce ambiente de las aulas; todavía en él se halla el alma del que fué cadete y que la escribía para cadetes: así, su primer impulso después de publicado, fué hacer un espléndido donativo de ejemplares para los alumnos del *Colegio de huérfanos de Infantería*, que lleva el nombre augusto de la REINA MARÍA CRISTINA, estimándole como lectura así de instrucción, como de recreo, para los jóvenes que se educan para nutrir el culto oficialato del arma. Con esta producción vino cierta suspensión temporal en su ocupación proficua literaria, durante la cual se había de formar la transición más profunda en el giro de su inteligencia, con motivo de su pase á la isla de Cuba, donde se hallaba encendida su última guerra separatista y á donde por Real orden del 24 de Octubre de 1895 fué destinado á las órdenes inmediatas del Capitán general de aquella Antilla.

Su embarque á bordo del vapor correo *Reina Cristina* se verificó en Santander el 22 de Noviembre, llegando el 3 de Diciembre á su destino. Mas el tiempo que permaneció prestando servicio de campaña, hasta Enero de 1898 en que se le concedió el regreso á la Península, todo feneció en el constante empleo de sus deberes de soldado. Ocho días después de su salida de Santander se le concedió el ascenso á capitán por antigüedad; mas de Cuba había de volver con el empleo de comandante, que lleva la fecha del 20 de Agosto de 1896, por mérito de guerra; y es ciertamente aquí enojoso, dado el carácter de este trabajo, no poder hacer la menuda relación de aquellas acciones en que intervino, con el gallardo valor que le caracterizaba, y cuyos méritos formaron el ambiente de respeto, con que después habían de recibirse las lecciones de sus estudios y de sus experiencias para el Ejército, inspiradas en lo que en aquella cruenta guerra vió y observó, aprendió y quiso enseñar después. Para esto profesó, con nuevo culto, el culto de la historia; porque como dejó más tarde escrito en el prólogo de la más interesante de sus obras, siendo la Historia la gran maestra de la vida, como la llamó Cicerón, «cuanta más experiencia de la guerra preparada de

antemano, regular y metódicamente desenvuelta, falte á un ejército (como faltaba al Ejército español que fué á hacer en las colonias españolas la doble guerra civil y del extranjero), mayor necesidad tiene de acudir al estudio de los hechos realizados por los capitanes que con gallarda intensidad personifican la energía del mando y la habilidad de las operaciones guerreras» (1).

Volvió el comandante Ibáñez Marín de la guerra de Cuba en Enero de 1898, mencionado honoríficamente por su comportamiento en el parte oficial de la toma del poblado de San Antonio de las Vegas el 16 de Mayo de 1896, y condecorado por la misma con la cruz roja del Mérito Militar de primera clase; vuelto á condecorar con la cruz de María Cristina, en Abril siguiente, por sus operaciones en Cienfuegos contra las partidas de Carrillo y González, de Bayas y Serafín Sánchez; en Diciembre del mismo año ascendido por el combate de Río Isabela en Pinar del Río con los batallones de Mérida y Asturias, puestos bajo su mando; y tercera vez condecorado en Diciembre de 1897 con la cruz de segunda clase, pensionada, del Mérito Militar, con distintivo rojo, por las operaciones que había efectuado mandando en comisión el batallón de Infantería de Albuera, núm. 26. Todavía, después de su regreso á la Península, en Marzo de 1898, al ser destinado á la zona de Madrid, se recompensaron los servicios que en Cuba había prestado á las órdenes del general en jefe D. Ramón Blanco, durante el mes de Septiembre de 1897, en las provincias de la Habana y Santa Cruz con otra cruz de María Cristina de segunda clase, con cuyos honores quedó significado, al menos, que el soldado de espléndida inteligencia en los estudios del gabinete, era también soldado de valor y de denuedo en el campo sangriento de la acción militar. Pero á su regreso á España, reconcentrando su espíritu en las ideas que á su perspicaz observación había despertado el palenque real de la experiencia, no podía su pensamiento menos de impulsarle á aquella otra arena del sano magisterio de la ciencia y de la historia, para dar cuerpo en sus lucubraciones á tres ideas fundamentales, que creía habían de ser

(1) *Campaña de Prusia de 1806*, pág. 6.

el eje moral en que girase toda una renovación, que se hacía indispensable, en la unidad de espíritu y en la mentalidad del ejército, que de aquellas luchas había salido muy quebrantado, y en las condiciones sustantivas de la energía y de las facultades del mando.

Estas ideas no surgían en su mente, en la última expresión de su forma y su sentido, de manera que desde luego pudiera substanciarlas en principios y aun en dogmas. Le faltaba preparación; él lo reconocía así; y simultáneamente emprendió dos campañas, una contra sí mismo para atesorar á fuerza de estudio todo el fondo de vasta erudición que su empeño reclamaba, y otra la mera preparación para el magisterio en que había de constituirse, arrojando lentamente en libros, en discursos, en artículos de revistas y de diarios la simiente necesaria para que el campo de su acción no desmayase y fracasara una vez más en la aridez de un erial inaccesible. Ayudóle para esta empresa, en primer lugar, la dirección de la *Revista técnica de Infantería y de Caballería*, que, heredada por él, quedó en sus manos; en segundo lugar, la cátedra del Ateneo, la cátedra del Centro del Ejército y Armada y la de otras Asociaciones beneméritamente constituídas, unas en la dirección de las ideas morales y religiosas que informa el Catolicismo que, como religión tradicional de la Patria, es Patria; otras, en la dirección docente de las escuelas creadas para ilustrar la mente de las clases trabajadoras y menos afortunadas, que como son pueblo, son la principal entraña de la Nación, cuyo emblema es el más alto patriotismo; en cuarto lugar invadió las páginas de todas las publicaciones periódicas y serias que tienen la misión de vulgarizar y extender todos los progresos del saber humano, hasta el punto de que apenas hay en España publicación importante en los últimos diez años en que no gallardee su colaboración y su nombre, y, por último, menudeó la publicación de libros y folletos, en cada uno de los cuales procuraba ir encarnando cada uno de los principios cuyo conjunto había de constituir la obra de renovación que con tanta fe y tan noble patriotismo meditaba.

De esta no muy extensa bibliografía, al año siguiente de su

vuelta á España, apareció impresa en Madrid, en la imprenta de D. Felipe Marqués, su primera producción: un estudio crítico que llevaba por nombre *La educación militar.* No es menester desentrañar la esencia de este libro; su epígrafe lo dice todo, y fácil es comprender, conocido el empeño en que se había metido, que su acción renovadora necesariamente había de comenzar por este tema. En unión con nuestro digno compañero, el entonces capitán D. Francisco Barado, otro año después, en el de 1900, sacó luego á luz en el establecimiento tipográfico «El Trabajo» una *Cartilla militar y patriótica*, exclusivamente dirigida á la educación nacional de nuestra juventud militar. Como se ve, el enlace de la unidad de la idea generadora de estas producciones no puede estar más patente. Había que pensar en una nueva forma de educación nacional para esta juventud, y esta educación había de ser á la vez *militar* y *patriótica*, y así él la abordaba, á fin de que condujera eficazmente á una conciencia firme, nueva é incontrastable del sentimiento patrio. Y á aquella *Cartilla*, y en el mismo orden del procedimiento iniciado, siguió el mismo año otro volumen de *Estudios militares y políticos*, que, aunque era la recolección de varios trabajos cortos y de acarreo, diseminados en multitud de las publicaciones periódicas en que ya colaboraba, en substancia obedecían al fin principal y al objetivo sistemático que se había formado.

Hay que considerar todos estos escritos, sin embargo, como deleitoso entretenimiento de los graves estudios que tenía en ejecución. En los seis años que transcurrieron desde 1901 hasta la publicación de *La campaña de Prusia de 1806*, la producción literaria del comandante Ibáñez Marín se compuso de cuatro grupos de trabajos transportados al libro ó al opúsculo. Forma el primero, de carácter que puede calificarse de *pedagógico*, el titulado *Columna volante*, salido á luz en 1902, y que es otro embuchado de artículos varios de varia lección y tendenciosos á su fin primordial; el segundo, escrito en colaboración del también comandante de Infantería D. Luis Angulo Escobar, é impreso en Madrid en 1903, se denominaba *Los cadetes*, y en 1906 escribió únicamente un prólogo para otro libro impreso en San Sebas-

tián por su compañero en el arma D. Luis Rodríguez García, con el título de *Estudios preliminares de pedagogía militar superior.* El segundo grupo lo constituyen dos de sus discursos pronunciados en el Centro del Ejército y Armada; uno, en 23 de Octubre de 1903, sobre el tema de «El peligro marítimo de España», y otro en la misma Sociedad, en 1904, sobre «La unidad doctrinal del Ejército». El tercer grupo lo integran dos preciosos trabajos históricos, casi sobre un mismo tema; el primero de estos dos, publicado en 1902, lleva por epígrafe *Lusitania y su primer coronel;* el segundo, que salió á luz en 1903, formando parte de la «Biblioteca del soldado español», se titula: *Lusitania: resumen de su historia.* Los dos forman un gallardo trabajo de investigación histórica y son el orgullo del regimiento de Caballería que lleva este histórico nombre.

Todavía en este año de 1906, y entre los trabajos intermediarios de sus obras fundamentales, cúpole en suerte escribir en colaboración con el marqués de Cabriñana, D. Julio Urbina Ceballos-Escalera y Daoíz, el libro que lleva por epígrafe *Monumento al general D. Arsenio Martínez Campos* y que, en efecto, es el complemento histórico y literario al monumento de piedra y hierro que la admiración, la gratitud y la amistad tuvieron fuerza de perseverancia bastante para poder erigir en honor de aquel caudillo en el Parque de Madrid con los óbolos abundantes de una suscripción nacional. Ibáñez Marín tomó gran parte con su iniciador Cabriñana en todo el proceso de tan interesante obra, y vió con orgullo unido así su nombre al del soldado ilustre, que en horas de terrible angustia nacional abrió en Sagunto el horizonte al sol esplendente de la salvación común, y que en guerras desastrosas, como la civil del Norte y la primera colonial de Cuba, supo trocar los laureles militares de su espada por los ramos fructíferos de la oliva de la paz y las flores de la reconciliación.

Con ser tan grande y benemérito este tributo á Martínez Campos de parte de Ibáñez Marín, no fué tan sentido en su alma como el *Homenaje* que el propio año rindió del mismo modo á su amigo, á su maestro, el general D. José Gómez de

Arteche, el ilustre historiador militar de la guerra de la Independencia, y cuya amiga sombra tarde desaparecerá del ámbito que nos envuelve en esta sala, que tantas veces escuchó los divinos discursos de su saber y su sentir, siempre llenos de efusión y siempre inspirados por el patriotismo. En aquel *Homenaje* Ibáñez Marín alternó, en nombre del arma de Infantería, con Navarro y Ceballos-Escalera en representación del arma de Caballería, con Salcedo Ruiz del cuerpo Jurídico Militar, con el coronel Sanchis del arma de Artillería, con el general Marvá de la de Ingenieros y con el que fué nuestro distinguido compañero, el general Suárez Inclán, del cuerpo de Estado Mayor. Aquel *Homenaje* ofrecía para Ibáñez Marín una inefable emoción de satisfacción íntima, pues para él el general Gómez de Arteche, no era el superior jerárquico, no era el escritor laureado, no era el amigo: era, digámoslo así, el padre espiritual de su cultivada inteligencia, y era, más que el maestro, el impulso de su fe y el acicate de su patriotismo. Durante muchos años continuados, todas las noches la casa de Gómez de Arteche fué la casa de Ibáñez Marín; su familia, su familia; su consejo, su estímulo y su guía; su saber, su dirección y su norte. Sus menores acciones, como sus más íntimos pensamientos con Gómez de Arteche eran consultados, y con él comunicaba las investigaciones de su aplicación, las observaciones de su estudio y las finalidades prácticas de toda su intensa labor histórica y técnica, científica y literaria. Aquel *Homenaje* era una deuda moral de obligación permanente, y aquella deuda de amor, de admiración, de gratitud la mantuvo viva y perenne siempre hasta la muerte.

Pero el año de 1906, crítico en los premios á la intelectualidad del comandante Ibáñez Marín, fué el año en que la publicación de la primera de las obras fundamentales que había concebido, vino á ser el primer digno coronamiento de todo lo más fructífero de su infatigable labor. Desde que volvió de la guerra de Cuba y se le destinó á la comandancia mayor del cuerpo de Ordenanzas del Ministerio de la Guerra (1901), puesto pacífico que le permitía consagrar mayor atención al giro de sus estudios, su producción literaria en que hacía gala de aquella activi-

dad tanto física como intelectual en que era insuperable, le había sido gratificada dentro y fuera de España con la *Medalla de Alfonso XII;* con las *Palmas de Oficial de Academia*, de Francia, y con la *Cruz de la Concepción de Villaviciosa*, de Portugal, que había unido á la de San Hermenegildo, obtenida por antigüedad en el servicio; y todavía la publicación del libro magistral de *La Guerra moderna* ó sea el titulado *La campaña de Prusia en 1806: Jena: Lubeck*, había de conquistarle como recompensa de honor á su aplicación otra cruz pensionada del *Mérito Militar*, sobre las anteriormente mencionadas. Mas, aun con ser tan lisonjeras estas satisfacciones, ¿podían ser el único aliciente de labor de tal empeño?

Antes he manifestado los tres grandes objetivos que de regreso de las guerras coloniales vino dispuesto á perseguir en toda su intensa labor literaria, y *La guerra moderna* era la primera demostración de la perseverancia y la fe con que daba realización efectiva á la complejidad de su pensamiento. *La campaña de Prusia en 1806* salía á luz, según las propias palabras del autor, como «un ensayo de estudio de la guerra moderna, en lo que tira á desentrañar la doctrina y la moral del mando, tal como las ofrecen las grandes luchas contemporáneas». Claro es que su punto de partida había de encarnar en Napoleón, el mayor genio de la guerra que las edades modernas han conocido, y entre el haz de sus campañas, en la que tuvo mayor fuerza de acción y de consecuencias con aquella monarquía germana, que acababa de salir de las escuelas del Gran Federico, que desde los tiempos de Tácito mantiene en Europa la rivalidad permanente de la supremacía militar con las demás razas que pueblan nuestro continente, y de cuyas duras lecciones en la fatigosa prueba á que el primer Bonaparte la sujetó en la campaña de 1806, había de emanar la preparación continua, la preparación serena, la preparación robusta, que, al fin, después de las pruebas secundarias de las guerras de los ducados y contra el Austria, hubo de desenvolver toda la ética de sus medios, de raza á raza, en los campos de Sedán y ante los muros de París en 1871. No era en la mente de Ibáñez Marín su *campaña de Prusia de 1806* más

que «un tanteo», de la proyección que le preocupaba, proponiéndose ir analizando sucesivamente, y desde este punto de arranque, las contiendas más importantes de todo el siglo XIX y comienzos del XX, «especie de ordenada, como él mismo dice, cuya conclusión sería trazar la curva seguida por la doctrina de la guerra moderna», convirtiendo todo su trabajo intelectual de investigación y de crítica, ayudado del robusto auxilio de la más vasta erudición, en verdaderos «ejercicios de aplicación, mediante el análisis de casos históricos concretos, amplia y científicamente documentados y verificados, *para hacer encarnar en los que mandan el sentido de la realidad en la guerra*».

Si para este trabajo Ibáñez Marín, como ofrecía, se acogió bien de lleno á la documentación y á la verificación de los hechos en su más profunda entraña examinados, basta ver, para confirmarlo, la catalogación y examen crítico de la extensa bibliografía que estampó á la cabeza de su obra, y que consta de cuarenta y cuatro libros franceses de la última producción histórica de Francia, donde los que estudian no se cansan jamás; catorce alemanes y uno español; es decir, cincuenta y nueve obras fundamentales, la mayor parte nuevas, y escritas sobre la fe de los documentos sacados de todos los archivos del tiempo, consultados con afanosa codicia de hacer renacer los hechos en su más diáfana verdad.

En la progresión de estos estudios no podía faltar para Ibáñez Marín la nota española; y siendo la de mayor relieve en nuestra historia moderna la guerra de la Independencia contra el mismo Napoleón, no se satisfizo con aprenderse de memoria toda la extensa exposición técnica y crítica de la parte militar de aquellos sucesos en Gómez de Arteche, el más sabio y profundo de sus intérpretes en España hasta ahora; sino que, fundando para el estudio práctico del territorio en que se verificó cada una de las campañas de aquella larga contienda, la «Sociedad militar de Excursiones», en unión con otros jefes y oficiales del Ejército que identificó con sus propios entusiasmos ó en quienes infiltró el mismo afán de profundizar aquellos estudios, dió principio á las preciosas expediciones científico-militares, cuyos anales han que-

dado certificados en las páginas de la *Revista técnica de Infantería y Caballería*, en otras muchas publicaciones periódicas, como el primer número extraordinario que en Enero de 1907 publicó *La Epoca*, iniciando la celebración del primer «Centenario» de aquella guerra con los franceses, ó en folletos tan preciosos como el que, poco antes de su muerte, dió á la estampa con el título de *El Mariscal Soult en Portugal: campaña de 1809*.

Es justo reconocer que el patrón y la guía para estas expediciones se sustentaba en la obra monumental de Gómez de Arteche; pero Ibáñez Marín perseguía algo más de lo que Gómez de Arteche tan brillantemente y con tan supremo esfuerzo de investigación y de crítica técnica realizó. Parecíale conveniente ampliar los horizontes en que éste tendió su generoso vuelo, por una parte con la exposición de la documentación aún inédita y desconocida, y por otra con la bibliografía nacional y extranjera, cada vez más fecunda y opulenta en lo que se relaciona con la guerra napoleónica en la península ibérica. Como él mismo en sus obras lo ha referido, no temo que se me culpe de inmodestia al revelar aquí cuál fue su asombro cuando, conducido por mi mano, le hice penetrar en el santuario polvoriento y olvidado enteramente del Archivo Histórico Nacional, donde por tanto tiempo han permanecido absolutamente vírgenes é ignorados los documentos pertenecientes á la Junta Suprema Gubernativa del Reino, desde su establecimiento en Aranjuez por el Conde de Floridablanca hasta la declinación de sus poderes en la Regencia que presidió la convocatoria de las Cortes de la isla de León; en el del Archivo privado de Fernando VII en el de la Real Casa, que tantos preciosos documentos guarda de aquella época, exentos de las paparruchas que sobre ellos ha fundado una larga tradición nutrida de los odios parciales que tan dividida han tenido la sociedad española durante todo el siglo último; en el del Archivo general Militar, que ahora reside en Segovia, y sobre el que la flojedad de los que disculpan ó su ignorancia ó su falta de inclinación á la busca de estos testimonios, también ha inventado mil fábulas de incendios y pérdidas, que se desmienten cuando se pone empeño en una investigación seria y perseverante; y hasta

en el de los mismos Archivos particulares de familia, que, como el últimamente descubierto perteneciente á la casa de los Girones, duques de Ahumada y marqueses de las Amarillas, ha ofrecido ya un manantial enteramente nuevo de noticias testificadas, capaz por sí solo de inspirar una *Historia* enteramente nueva sobre lo escrito por Toreno, Muñoz Maldonado, Alcalá Galiano, Lafuente y aun el mismo Gómez de Arteche, tan rebuscador de estos escondrijos.

No tuvo tiempo Ibáñez Marín de hacer de tan opulento acopio de papeles enteramente desconocidos é inéditos, y que él no se saciaba de admirar y trascribir, la catalogación metódica que reclaman para aumentar su eficacia; pero de lo impreso nos dió el año último de 1908 su preciosa *Bibliografía de la guerra de la Independencia*, en la que, sin agotar la materia, apuntó, analizó y emitió juicio sobre ellas, ciento catorce obras españolas antiguas y modernas, diez portuguesas, veinte inglesas, ciento treinta y siete francesas, diez alemanas, dos italianas, una danesa y otra sueca; en total, doscientos noventa y cinco libros ó folletos impresos sobre la guerra de España contra Napoleón de 1808 á 1814.

No era su propósito, aunque lo creía necesario, y así me autorizó á decirlo en el prólogo de mi libro *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid*, escribir una *Historia nueva de la Guerra de la Independencia;* mas del fondo de tanta documentación y de tanta labor impresa, de que con motivo del *Centenario* sacó inspiración para más de cien artículos conmemorativos, dispersos en toda clase de publicaciones de todo género, surgió para los pensamientos que daban dirección sistemática á sus trabajos, un tema relacionado con ellos y de grandísima importancia. Este tema, en cuyo desarrollo se empleaba, cuando el deber militar le llamó de nuevo en Africa á la guerra cruenta, en la que desgraciadamente, mandando su batallón de Figueras, rindió á la patria el sacrificio de su vida, este tema giraba sobre *La mentalidad del ejército español al comenzar el siglo XIX*. En este libro pensaba consignar todo el raudal de sus ideas madres, abordando todos los problemas que se refieran á su espíritu, á su orga-

nización, á su temperamento en paz y en guerra, á su conciencia de sí mismo, á lo que se entiende por disciplina y á lo que se entiende por heroísmo, á lo que es la obediencia y á lo que son los arranques y libertades de la propia personalidad, á lo que enseña el honor y á lo que fortifica el saber, á lo que es la teoría y á lo que es la práctica en la misión militar, á la virtud de la energía y á la virtud de la moral en el mando y á todos los demás asuntos que entran en la constitución de un ejército permanente preparado en paz para el momento de prueba de la guerra. Ibáñez Marín conocía bien las ideas equivocadas que se han profesado y aun se profesan, sobre *la mentalidad de aquellos ejércitos del reinado de Carlos IV* que para la guerra del Rosellón dieron un Ricardos, para la de Portugal un Morla, jefe del Estado Mayor del Príncipe de la Paz, para el ejército de la expedición á Etruria un O'Farril, para el de la expedición al Norte un marqués de la Romana, para la invasión de Portugal un Carrafa, y para la observación del campo inglés delante de Gibraltar aquel Castaños, que fué el primer vencedor del ejército regular francés en las llanuras de Bailén, y de los que, por último, salieron todas las figuras constitutivamente militares de la Guerra de la Independencia. Siempre que se habla ó se escribe de los ejércitos que llevaron O'Farril á Italia, Romana á Dinamarca y Carrafa á Portugal, siempre se repite que los soldados que comandaron fueron lo escogido de nuestro Ejército. Si estos soldados fueron lo escogido de nuestro Ejército, ó si á su molde se constituían los 80.000 hombres que el Príncipe de la Paz, después de publicar su célebre manifiesto, anunció á Napoleón que tenía en vías de organización, causando el escándalo en París y en el campamento del Emperador la resolución inmediata de organizar apresuradamente el ejército de invasión en España, es punto que aún no está dilucidado. Indudablemente, entre otros problemas de la mayor cuantía, Ibáñez Marín, con los datos nuevos de su exploración de Archivos, se proponía esclarecerlo, en la obra, secuela de *La campaña de Prusia en 1806*, que traía entre mano, y que su muerte prematura no le permitió terminar.

El 5 de Marzo del año anterior de 1908 el comandante Ibáñez Marín fué ascendido á teniente coronel, y el 10 de Julio siguiente se le confería el mando del batallón de cazadores de Figueras, número 6. Puedo certificar que este mando llenó todos sus deseos. Se le daba palenque en qué desarrollar sus ideas sobre la energía y la moral del mando, aunque en horizonte tan limitado, y él quiso hacer ver bien lo que en su entender debía ser para el soldado un jefe, aunque fuese un jefe de batallón. Una pluma egregia, la de la Infanta doña Paz, Princesa Luis de Baviera, en el penúltimo número de la *Basílica Teresiana*, en un artículo que han copiado *La Epoca*, *La Correspondencia de España* y otros periódicos, nos ha dado el perfil militar y moral de Ibáñez Marín en el mando del batallón de cazadores de Figueras con pinceladas tan sencillas y magistrales, que la Academia ha de permitirme que aquí, reproduzca fielmente ese retrato:—«Hace algunos años, escribe la Infanta doña Paz, me regaló el conde de Aguilar de Inestrillas la *Historia del regimiento de Lusitania;* leí el prólogo, y pregunté entusiasmada á mi hermana Isabel:—¿Quién es Ibáñez Marín?—Naturalmente, alguien que tienes que conocer—me contestó: y lo mandó llamar. Desde que cambiamos algunas palabras, es decir, una sola, «España», nos comprendimos. No fué sólo una amistad la que se formó entre nosotros: fué una alianza para servir á la Patria. El año pasado, cuando fué nombrado teniente coronel del batallón de Figueras, me escribió todos los proyectos que tenía para que el «cuartel fuese para sus soldados la continuación de la familia»; quería instruirlos divirtiéndolos.—Yo le prometo que ninguno volverá á su pueblo sin saber leer y escribir—me decía. Una tarde, antes de que mis hijos, Fernando y María Teresa, se volviesen á España, fuimos todos al depósito de material para las Escuelas, á escoger cosas para llevar de muestra á Ibáñez Marín: mapas del mundo, tipos de las razas humanas, estampas representando acontecimientos históricos: yo quería que lo viera todo. Todo lo que encerraba una idea patriótica, aunque no fuese más que una tarjeta postal, iba á Ibáñez Marín. Ultimamente, cuando mi hijo Fernando pasó por Munich, de vuelta de su embajada en Viena,

le di una cartulina enrollada.—¿Qué es esto?—me preguntó.—Para Ibáñez Marín—le contesté. Era una estampa que dan los Dragones prusianos á sus soldados, como recuerdo, cuando acaban el servicio. Había en ella el retrato del Emperador; el de mi marido, como coronel honorario; el del coronel efectivo; vistas del cuartel y la ciudad donde está de guarnición, y en el centro el lugar destinado para el retrato del soldado. Yo ya pensaba en lo que haría Ibáñez Marín, como recuerdo para los cazadores de Figueras. Ahora tendrán todos ellos siempre presente la muerte gloriosa de su coronel, y aquella madre de uno de sus soldados que él llevó de la mano, de coche en coche, para que se despidiera de su hijo, cuando salía el tren, rezará todos los días por él.»—Así la pluma augusta de la Infanta doña Paz ha hecho el retrato moral del jefe del batallón de cazadores de Figueras, con relación á sus soldados; del jefe ideal de Ibáñez Marín, que Ibáñez Marín representaba. Esto era poner personalmente en práctica las ideas que Ibáñez Marín acariciaba sobre toda la renovación que, en su entender, el tiempo exige en los temperamentos todos de la vida militar á que consagraba toda su labor literaria. ¡Qué extraño puede parecer ahora, que el día 24 de Julio último, sacrificado el anterior en las gargantas del Gurugú, y rescatado su cuerpo exánime, al proceder á su sepultura, sus soldados del batallón de Figueras, sin poder contener las lágrimas, pasasen por delante de su cadáver, colocado á la sombra de la bandera de España, besándole en el rostro, como por todo el mundo lo han divulgado las reproducciones fotográficas estampadas en casi todas las *Ilustraciones* de Europa! Este fué el jefe, en relación precisa con el ideal que de esta jefatura Ibáñez Marín tenía formado: el jefe de toda fuerza armada es más que el jefe: ¡el jefe es el padre! ¡Lástima que en toda la graduación de la ética del mando, Ibáñez Marín, en sí, ó en otros, con motivo de la campaña, en que fué de las primeras víctimas, él no hubiera podido hacer comprobar sus teorías sobre el mando en *la guerra moderna!* Si él hubiera podido desenvolver, como se proponía, todas *su ordenada* histórica, tal vez al analizar la última gran guerra entre el Japón y la Rusia, nos hubiera propuesto el mo-

delo de este mando en el general Kuropatkine, y si todavía hubiera podido avanzar sus estudios hasta esta pequeña guerra que España sostiene en el Rif, indudablemente también lo hubiera encontrado en el General que dirigiendo con admiración y aplauso universal la acción estratégica sobre el territorio de las kabilas de Quebdana, y sobre las que ocupan la orilla izquierda del río de Oro, ha logrado plantar la bandera española en las más altas cumbres del Gurugú, sin una baja en las tropas que lo han realizado.

A Ibáñez Marín, en el breve instante en que apenas puesto el pie en Africa le tocó operar con la fuerza que llevaba á su cargo, no le cupo en suerte entrar en los límites de esta acción estratégica, sino en la urgencia de una acción desesperada. Su avance no fué más rápido que su lamentable sacrificio. Faltóle el tiempo para poner en relación lo que en teoría dogmatizaba con sus procedimientos de conducta. La urgencia y la obediencia se le impusieron, y cayó sin poder ni aun contener la agresión, más en los brazos de la lealtad, del pundonor y del heroísmo. Todas las pérdidas de la contienda son de igual manera sensibles; pero la de Ibáñez Marín debe ser considerada como de las mayores. Soldados de valor y bizarría son todos los que constituyen el heroico Ejército que á España ha cabido la gloria de presentar ante el espectáculo del mundo, atento á nuestra acción en Melilla; pero inteligencias como la de Ibáñez Marín constituyen una excepción, y á España y al Ejército importaba la conservación de su vida y su eficacia.

En la renovación de espíritu, de capacidad y hasta de disciplina que el Ejército español, conducido á Africa en esta ocasión tan brillantemente ha demostrado, en Ibáñez Marín, mediante su intensa labor intelectual, se representa uno de sus más activos y gloriosos coeficientes. En esta labor estaba eficazmente empleado, y ahora queda interrumpida. Abundan, en verdad, en nuestro Ejército las grandes inteligencias y las grandes ilustraciones; pero en Ibáñez Marín existía una representación que será muy difícil sustituir. Sus iniciativas tan cimentadas y tan bien dirigidas; sus orientaciones en el fundamento esencial de las ins-

tituciones armadas, en el magisterio de la historia, en la imposición de la vida real y en las exigencias del tiempo, giraban en su cerebro y en su pluma sobre base tan firme de eficacia, que constituía una gran realidad y una gran esperanza para todos los intereses de la Patria y del Ejército. No había en su labor infatigable madurado aún todo su fruto; pero de haber llegado á madurarlo, en toda la intensidad de lo que se proponía, todo él habría sido fruto de mieles para la Patria y las instituciones á quienes servía. Aun con no haber pertenecido formalmente á esta Academia, esta Academia le llora como si fuera suyo. Al menos trabajó con ahinco para merecerlo, y estas líneas, que no son solo un tributo de la amistad y de la admiración, no pueden menos de expresar el sentimiento más profundo por lo que en Ibáñez Marín, con su muerte, se ha malogrado. Así y todo, su nombre quedará como una gloria de España.

Madrid, 1.º de Octubre de 1909.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

III

LÁPIDAS ARÁBIGAS É HISTÓRICAS DE LOS CASTILLOS DE TARIFA Y BAÑOS DE LA ENCINA

El doctísimo P. Fidel Fita tuvo la bondad de señalarme, como digna de estudio, una inscripción mural árabe recientemente adquirida por la Real Academia de la Historia. En cuanto pude cerciorarme del contenido de esa inscripción, acordéme de otra semejante y coetánea que se encuentra en el Castillo de Tarifa, cuya reproducción, en yeso, guardaba yo en mi casa, como regalo de un discípulo mío (1). Siendo ambas de la misma época y grabadas con idéntico objeto, merecían ser estudiadas y publi-

(1) D. Manuel Pérez Bua de Tarifa.